

El día anterior

VÍCTOR IZQUIERDO MORA

El día anterior mi padre entró en casa excitadísimo, nervioso, a tropezones, porque se había pisado los cordones, y dijo que no se los ataba porque no tenía tiempo. Corría de un lado para otro, sin pausa, muy contento, pero sin decir nada. No se sentó a comer, rezamos después de la siesta y salió de repente de casa. «Tengo que ir al taller. Hay mucho trabajo». Mamá se alegró mucho, porque Papá llevaba mucho tiempo sin trabajar, y ya empezaba a deprimirse y a beber más de la cuenta con sus «amigotes», como les llamaba Mamá. El taller lo teníamos justo al otro lado de la pared, y por eso los martillazos se oían tanto. Mi padre es carpintero, pero de esos que reciben encargos pequeños; grandes muy de cuando en cuando, y es en éstos últimos en los que Papá se esmera de verdad. De todos modos, es un perfeccionista, de lo más minucioso.

«No tengo tiempo que perder», repetía a cada instante, contagiándonos a los que les rodeábamos el desasosiego. Me mandó a comprar unos clavos enormes, con un dibujo de uno de ellos en un papel; el herrero no los tenía grandes, y los tuvo que hacer para mí, especiales, para mi padre, que había abrazado a mi madre como nunca le había

visto hacerlo. El herrero me preguntó que si eran para «eso», y yo, como no sabía si eran para «eso» o para «aquel», le contesté que sí. Me los entregó después de haberlos tenido en agua media hora, y esa media hora la pasé mirando, desde la puerta del taller del herrero, donde se estaba ciertamente calentito, a la gente, que pasaba con el mismo ánimo que tenía mi padre el día aquél que todos sabían que iba a ser el anterior, pero yo no.

En poco tiempo me presenté en mi casa con los clavos, todavía tibios, y mi padre me los arrebató de la mano y luego me dió un beso; me acuerdo de esto porque era la primera vez que mi padre se mostraba tan cariñoso en mucho tiempo. Existía, sin duda, algún motivo para que las cosas estuvieran tan raras aquél día, pero ¿cómo podría enterarse de ello un niño de nueve años? Si hubiera preguntado, nadie me habría querido contestar, así que no pregunté a nadie, y esperé a que a alguien se le escapara algún detalle del cual poder partir para adivinar de qué se trataba. Pero a nadie se le escapó nada, y no averigüé hasta el día siguiente que se iba a ejecutar a tres hombres, que iba a ser en el monte y que ese día sería para siempre señalado por unas cuantas personas a las que llamaban *cristianos*.

O día anterior

VÍCTOR IZQUIERDO MORA

O día anterior o meu pai entrou na casa excitadísimo, nervioso, dando tropezóns, porque pisara os amallós, e dixo que non os ataba porque non tiña tempo. Corría dun lado para outro, sen pausa, moi contento, pero sen decir nada. Non sentou a comer, rezamos despois da sesta e saíu de súpito da casa. «Teñío que ir ó taller. Hai moito traballo». Mamá alegrouse moito, porque Papá levaba moito tempo sen traballar, e xa empezaba a deprimirse e a beber más da conta cos seus «amigotes», como lles chamaba Mamá. O taller tiñámolo xusto ó outro lado da parede, e por iso as marteladas se oían tanto. O meu pai é carpinteiro, pero deses que reciben encargos pequenos; grandes, moi de cando en cando, e é nestes últimos nos que Papá se esmera de verdade. De tódolos xeitos, é un perfeccionista, do máis minucioso.

«Non teñío tempo que perder», repetía a cada intre, contaxiándonos ós que o rodeabamos o desacougo. Mandoume a comprar uns cravos enormes, cun debuxo dun deles nun papel; o ferreiro non os tiña tan grandes, e tivo que facelos para mi, especiais, para o meu pai, que abrazara á miña nai como nunca lle vira facelo. O ferreiro preguntoome que se eran para «iso», e eu, como

non sabía se eran para «iso» ou para «aquilo», contesteille que si. Entregoumos despois de telos en auga media hora, e esa media hora paseina mirando, desde a porta do taller do ferreiro, onde se estaba certamente quentiño, á xente, que pasaba co mesmo ánimo que tiña o meu pai o día aquel que todos sabían que ía se-lo anterior, pero eu non.

En pouco tempo presenteime na miña casa cos cravos, áinda tépedos, e o meu pai arrebatoumos da man e logo deume un bico; acórdome disto porque era a primeira vez que o meu pai se amosaba tan garimioso en moito tempo. Existía, sen dúbida, algúin motivo para que as cousas estivesen tan raras aquel día, pero ¿como podería informarme diso un neno de nove anos? Se preguntase, ningúén me querería contestar, así que non preguntei a ningúén, e esperei a que a alguén se lle escapase algúin detalle do cal poder partir para adivinar de qué se trataba. Pero a ningúén se lle escapou nada, e non averigüei ata o día seguinte que se ía executar a tres homes, que ía ser no monte e que ese día sería para sempre sinalado por unhas cantas persoas ás que lle chaman *cristiáns*.

(Revisión de Ana Acuña)